

© Miguel Delibes, 1979, y Herederos de Miguel Delibes
© del prólogo, Fermín Herrero
© de esta edición, Editorial Páramo, 2021
Fotografía de portada, Henar Sastre

Editorial Páramo - www.editorialparamo.com
comunicacion@editorialparamo.com
Valladolid, España
Edición y diseño: Javier Campelo Bermejo

ISBN: 978-84-122927-8-7
Depósito Legal: DL VA 762-2021
Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

MIGUEL DELIBES
Un mundo que agoniza

INTRODUCCIÓN

Cada año, cada día que pasa, lo expuesto por Miguel Delibes, con una claridad meridiana, en *Un mundo que agoniza* cobra mayor actualidad. Sin duda, aunque el discurso con motivo de su ingreso en la Real Academia Española, levemente corregido, en particular los epígrafes, adaptado al formato de ensayo y aligerado del comienzo protocolario, se remonta a la fecha de la muerte del dictador Franco, va para medio siglo, parece que hubiese sido escrito ayer. Es más, creo que si hubiera releído el libro en vez de tanto en tanto, aleatoriamente, de década en década, estoy seguro de que en todas las ocasiones, progresivamente, le habría ido encontrando mayores y nuevos aciertos, como me ha sucedido ahora.

De su plena vigencia, de su huella y presencia también en lo mejor de la prosa hodierna, da buena cuenta, por caso, el siguiente excursus sobre la considerada biblia pionera del ecologismo de J. Á. González Sainz en su reciente ensayo narrativo *La vida pequeña*: «En *Walden*, además de despotricar a gusto —y no hay despotricador que no acabe nauseando— y de mostrarnos la maravilla de una vida más natural —lo mismo digo a la larga—, Thoreau pone el dedo en una llaga importante. Es un aviso

—y todo intelectual que se precie es un avisador— frente a la ideología potencialmente totalizadora del Progreso, frente al dominio absolutizante de la técnica por la técnica y del progreso por el progreso, de lo nuevo y de adelante a todo trance por el solo hecho de ser nuevo o de adelante, y de los fines calculados, cualesquiera que pudieran ser, pasando por encima de todo lo que haya que pasar para alcanzarlos». Nótese, de paso, que Delibes escapa a los dos primeros incisos, pues evita siempre despotricar a machamartillo y nunca defiende el naturalismo ni el naturismo a ultranza.

Indudablemente Delibes está entre los avisadores, siempre atina al poner el foco donde debe para esclarecer el futuro. Los grandes escritores, por citar alguno, pongamos Dostoievski, Kafka, Huxley u Orwell, «sus mundos de pesadilla imaginados» y en vías de cumplirse, como dice de los dos últimos el texto, son aquellos que vislumbran los peligros del porvenir a partir de los indicios que suelen pasar desapercibidos en su tiempo, de lo que está en el aire, y así barruntan los males a los que nos exponemos. A esa estirpe oracular pertenece nuestro autor.

Cabe señalar en este sentido que el propio narrador cita, al principio de su razonamiento, *Parábola del náufrago*, que bien puede calificarse como no-

vela de anticipación vanguardista, por ser la quintaesencia de su visión del progreso asolador, de la amenaza de un tiempo alienante uniforme y deshumanizado, el que nos aguarda o en el que acaso ya estemos de lleno, donde por añadidura se han exacerbado la impiedad de los poderosos y el aplastamiento de los débiles, el sacrificio de los valores por mor del consumismo desaforado y del desperdicio, la sobredosis de narcisismo a causa de «el incesante perfeccionamiento de instrumentos audiovisuales escrutadores de la intimidad», la adoración del becerro de oro del dinero y el materialista «objeto-centrismo que, al eliminar todo sentido de elevación en el hombre le ha hecho caer en la abyección y la egolatría». Por eso aquí se pregunta, de forma seguramente retórica y en un sentido que nos afecta a todos si «no se nos habrán escapado de las manos las fuerzas que nosotros mismos desatamos y que creímos controlar un día».

A este funesto estado de cosas en el que estamos sumidos lo llamaron el biólogo Eugene F. Stoermer y el Nobel de química Paul Crutzen, a principios de este siglo, Antropoceno, «un nuevo período de la historia de la Tierra, caracterizado por la aparición de la especie humana como fuerza geológica», del hombre como dueño y señor del planeta hasta su aniquilación, y Roy Scranton, en su primer

libro, *Aprender a vivir y a morir en el Antropoceno*, pronostica, como otros muchos, que la aceleración del calentamiento planetario va a ser letal e insta a buscar con urgencia «una nueva forma de concebir nuestra existencia colectiva», diametralmente opuesta al «capitalismo del carbono» —«un sistema zombi, voraz pero estéril»—, para la que reclama «un nuevo humanismo» en el marco de «una vida con sentido». En su apuesta humanista, en la línea marcada por Delibes, Scranton recomienda «ejercitarnos en la interrupción de cadenas semánticas estresantes de excitación social. ¿Cómo? Mediante el pensamiento crítico, la contemplación, el debate filosófico y el planteamiento de preguntas impertinentes» y receta para el individuo de este planeta enfermo, grave, «la lentitud, la atención al detalle, el rigor argumentativo, la lectura atenta y la reflexión meditativa», todo aquello que el lector se encuentra en las páginas que siguen.

Por regla general, se suele considerar *Un mundo que agoniza* como un cuasimanifiesto ecologista *avant la lettre* por estos pagos —que también, como remacharía el maestro Ferlosio—, visión a mi juicio reduccionista de su alcance. No en vano se cita a la oceanógrafa y conservacionista Rachel Carson, por aquel entonces y hasta hace poco casi desconocida en España. Delibes habría leído, su-

pongo, *Primavera silenciosa*, su ensayo protoecologista de 1962 en la traducción de dos años después, editada en Barcelona por Luis de Caralt. Siendo así, sin embargo, el discurso va más allá de la mirada urbanita con buenismo adánico, de salón, hacia la naturaleza, puesto que habla de «ensanchar la conciencia moral universal» y apela, como sucede en el resto de la obra delibesiana, a la sabiduría de la naturaleza maltratada con saña por el depredador *Homo technologicus*, lo que el filósofo francés Félix Guattari y el indólogo catalán Raimon Panikkar han denominado ecosofía, esto es, por abreviar, un cambio drástico, una nueva percepción de la Tierra como un ser vivo, de comprensión de lo natural, una transformación profunda de dimensión metafísica, basada en el espíritu, una nueva visión, íntegra, que supere la insuficiente alternativa ecológica del desarrollo sostenible, al cabo intento de prolongación del *status quo* nefasto y dominante.

Podría afirmarse, pues, que Delibes es más ecósofo que ecólogo y, de la misma manera, más biófilo que biólogo, si tenemos en cuenta su pasión por la tierra herida y sus criaturas. Tal vez gracias a esta atención apasionada intuyó muy pronto y por adelantado los efectos catastróficos de los avances técnicos y tecnológicos sobre la biodiversidad del

planeta, que escapan incluso a cualquier predicción de los especialistas de campo, pero que a estas alturas son innegables aunque no se aprecien a simple vista. Edward O. Wilson, el sabio entomólogo que acuñó el término, define biofilia como «el impulso de asociación que sentimos hacia otras formas de vida», una conexión ancestral que Delibes sintió en sus correrías campestres que se estaba perdiendo de forma irremediable, a ritmo acelerado, y la escalada evolutiva durante el siglo actual, como avanzábamos al principio, no ha hecho sino darle la razón por completo. Se trataría, desde una deontología raigal, de comprender el mundo, su pluralidad orgánica, para así respetarlo como primer paso hacia su preservación, en vez de proceder como hasta ahora a su conquista, que no trae sino estragos y desolación. También por eso *Un mundo que agoniza* propone una profundización en la ética conservacionista desde el hondón espiritual.

No debe obviarse, de fondo, el vínculo de Delibes con el terruño desde la emoción que le provocaban la belleza de una perdiz con sus perdigachos apeonando garbosos o el vuelo estruendoso y súbito de un bando al echar la vista, fatigado, sobre la ladera opuesta de un teso recién subido, o el vuelco al corazón de una liebre que salta repen-

tina en medio de un barbecho, las orejas gachas y en su cama un resto de pelaje y calorcillo. Como buen conocedor del agro mesetario, el escritor parte del asombro y la admiración hacia lo natural que nos constituye, ante su misterio cuyos límites escapan a nuestro entendimiento, para considerar que, poseídos por nuestro instinto de dominio, acuciados por la necesidad de avanzar como sea, hemos ido demasiado lejos y es imposible volver atrás, va a ser difícil incluso pararse. De ahí que, ante el dilema entre salvar la Tierra o sacrificar de raíz el crecimiento económico, opte por un realismo exigente, en absoluto utópico, proclive a invertir la tendencia con cuidado, con la mayor delicadeza y sabiduría posibles, hasta alcanzar el decrecimiento responsable, evitando sobre todo la sobreexplotación de la naturaleza, que quizá esté, por ejemplo, en el origen de la pandemia que nos tiene acogotados.

Naturalmente, Delibes nunca execró, ni lo hace aquí, al progreso en sí mismo. En sus libros de viaje pondera y admira, por poner dos ejemplos, la eficacia del maquinismo norteamericano, en *USA y yo*, o las autopistas alemanas, en *Europa: parada y fonda*. Desde su puesto de director de El Norte de Castilla, por aportar otro dato, auspició la campaña «Castilla tiene sed», en la que el periódico

reclamaba para Tierra de Campos un proyecto de regadíos equiparable al Plan Badajoz. Lo que no quita para que nos advierta una y otra vez contra su deriva, en manos del totalitarismo tecnológico. Al propio campo, que tanto amó, puede aplicarse lo dicho. Delibes estuvo desde el principio a favor de la mecanización del agro, única posibilidad de redimirlo de la miseria y los atrasos seculares. Pero el progreso, que trajo la necesaria e imprescindible tecnificación agraria y por tanto la desaparición del trabajo duro y las agotadoras, extenuantes, a menudo estériles, faenas manuales, el fin de penalidades y fatigas sin cuento, ha terminado, desde su absolutismo determinista, por pervertirlo todo, sin contar con que nos ha «desquiciado» como personas, ha derivado en una agricultura industrial ejemplo palmario de los desmanes que traen consigo los adelantos.

Wendell Berry, filósofo, novelista y poeta, que renunció, alarmado por el ecocidio imperante a cuenta del mal llamado «progreso tecnológico» cuyos fines superiores son exclusivamente el dinero, la comodidad y las prisas, a su plaza como profesor en la universidad de Nueva York para cultivar unos pastizales en una colina de su Kentucky natal, activista en defensa de la tierra, del agrarismo tradicional en la medida de lo posible, enfrentado

al criterio exclusivo de productividad en las explotaciones agrícolas del presente, advirtió a finales del siglo pasado, en uno de sus alegatos: «Si queremos conservar los restos de la vida agraria, luchar contra los abusos sobre los terrenos industriales y corregirlos y desarrollar las economías y culturas locales, necesarias para la supervivencia del ser humano, vamos a tener que trabajar durante generaciones». E insistió en que no puede esperarse «un futuro mejor obrando mal en el presente».

Hoy en día, no sólo está en vías de extinción, como se teme en el escrito Delibes, a causa de los insecticidas usados en el regadío que reclamaba al tiempo desde las páginas de El Norte, la perdiz roja, reemplazada en muchos cotos por ejemplares criados en granja con fines cinegéticos, sino la población de pájaros en general. Hace poco, en un programa de la televisión regional un paisano de la parte de Zamora, de los pocos que quedan con boina calada y retranca castellana, le decía a una entrevistadora risueña y juvenil en mitad de un sembrado de Tierra de Campos: «Escuche, escuche... no se oye nada, lo que se dice nada». Desde luego, a buen seguro liquidadas por las escabechinas de las últimas hornadas de herbicidas totales, al menos en las zonas más despobladas de Castilla, no se oye ni un ave de rastrojera,

barbecho o sembrado, con lo que era antes el trino de las alondras parleras y otros pajarillos, ahora refugiados, los que quedan, en los pueblos.

Y así con todo, las previsiones que Delibes disculpa por pasarse tal vez de pesimistas, se están cumpliendo por desgracia, y con creces. Como ya indica hacia el final, el progreso destructor se ha llevado por delante, todos hemos asistido a su desaparición, una civilización campesina atávica, de muchos siglos, devorada por una igualación de la cultura por abajo que no es sino empobrecimiento alarmante en todos los órdenes, empezando por el más decisivo, el lingüístico, propiciado en gran medida por los incesantes avances técnicos globalizadores. El ensayo nos recuerda igualmente, con frecuencia, que formamos parte de un organismo universal y, al cabo, atacarlo en cualquiera de sus manifestaciones, como hace el progreso en su marcha triunfal, quizá desfile hacia un despeñadero, equivale a volverse contra nosotros mismos.

Ya que hemos nombrado arriba a Carson, conviene señalar que la simple mención de las lecturas de base y las referencias del ensayo: del biólogo australiano Macfarlane Burnet a la novelista estadounidense Mary McCarthy, de Ruano a Fromm, de Costeau a Aquilino Duque, de Julian Marías a Charles Chaplin... invalida la imagen reduccio-

nista y falsa de escritor apocado a lo castellano y restringido a la narrativa, cuando siempre estuvo atento e intervino en las polémicas de la época, aparte como decimos de ventear las venideras, y cuando hubo ocasión o vio necesidad difundió su pensamiento al respecto como en el discurso que nos ocupa.

La estructura, que no destriparé, del escrito, es, en fin, como la concepción del asunto a la que nos hemos acercado, diáfana. En «Mi credo» se expone la tesis sobre la inevitabilidad del progreso y no obstante los riesgos y horrores sobre los que se cimenta, se va asentando. En los demás epígrafes se desarrolla esta tesis principal mediante argumentos de todo tipo: de los analógicos a los experienciales, del cualitativo al de autoridad, del de ejemplificación al emotivo, del de causalidad al ético, del estadístico al de los hechos probados y objetivos. Creo que Delibes no era muy amigo del ensayo, así cuando le encargaron su perspectiva sobre la manera de ser castellana recurrió a un *patchwork* de sus narraciones enlazado por escuetos comentarios, pero su profesión, su vocación, más bien, periodística perfiló su estilo, le proporcionó una nitidez expositivo-argumentativa que salta a la vista.

Comprobábamos con la cita de González Sainz, como muestra bien vale un buen botón, que el

mensaje de este libro ha calado en una minoría intelectual; otra cosa es que se obre en consecuencia, porque además en ningún caso ha sido asumido por la clase llana y media, aun con estudios. Por este motivo, más los apuntados con anterioridad, pienso que *Un mundo que agoniza* debería ser, aparte de breviario de salvación, como he leído en algún sitio que no recuerdo, un texto de lectura obligatoria en las enseñanzas medias, ideal como hemos glosado brevemente tanto por su fondo como por su forma, máxime dada su transversalidad, pues afecta a contenidos de al menos las asignaturas de Ética, Biología y Literatura, y en último extremo por constituir una atinada lección sobre los desafíos de nuestra civilización y la responsabilidad del hombre con su entorno que los bachilleres actuales y de las generaciones venideras, más allá de las consignas mediáticas y some-ras de Greta Thunberg, deben conocer y asimilar para tratar de evitar el derrumbe de una cultura de siglos y el colapso medioambiental previo, paralelo o subsiguiente.

Fermín Herrero

Un mundo que agoniza

MI CREDO

Cuando escribí mi novela *El camino*, donde un muchachito, Daniel *el Mochuelo*, se resiste a abandonar la vida comunitaria de la pequeña villa para integrarse en el rebaño de la gran ciudad, algunos me tacharon de reaccionario. No querían admitir que a lo que renunciaba Daniel *el Mochuelo* era a convertirse en cómplice de un progreso de dorada apariencia pero absolutamente irracional.

Posteriormente mi oposición al sentido moderno del progreso y a las relaciones hombre-**Naturaleza** se ha ido haciendo más acre y radical hasta abocar a mi novela *Parábola del naufrago*, donde el poder del dinero y la organización —quintaesencia de este progreso— termina por convertir en borrego a un hombre sensible, mientras la **Naturaleza** mancillada, harta de servir de campo de experiencias a la química y la mecánica, se alza contra el hombre en abierta hostilidad. En esta fábula venía a sintetizar mi más honda inquietud actual, inquietud que, humildemente, vengo a compartir con unos centenares —pocos— de naturalistas en el mundo entero. Para algunos de estos hombres la **Humanidad** no tiene sino una posibilidad de supervivencia, según declararon en el Manifiesto de Roma: frenar su desarrollo y organizar la vida

comunitaria sobre bases diferentes a las que hasta hoy han prevalecido.

De no hacerlo así, consumaremos el suicidio colectivo en un plazo relativamente breve. Su razonamiento es simple. La industria se nutre de la **Naturaleza**, y la envenena y, al propio tiempo, propende a desarrollarse en complejos cada vez más amplios, con lo que día llegará en que la **Naturaleza** sea sacrificada a la tecnología. Pero si el hombre precisa de aquélla, es obvio que se impone un replanteamiento. Nace así el Manifiesto para la Supervivencia, un programa que, pese a sus ribetes utópicos, es a juicio de los firmantes la única alternativa que le queda al hombre contemporáneo. Según él, el hombre debe retornar a la vida en pequeñas comunidades autoadministradas y autosuficientes, los países evolucionados se impondrán el «desarrollo cero» y procurarán que los pueblos atrasados se desarrollen equilibradamente sin incurrir en sus errores de base.

Esto no supondría renunciar a la técnica, sino embridarla, someterla a las necesidades del hombre y no imponerla como meta. De esta manera, la actividad industrial no vendría dictada por la sed de poder de un capitalismo de Estado ni por la codicia veleidosa de una minoría de grandes capitalistas. Sería un servicio al hombre, con lo que

automáticamente dejarían de existir países imperialistas y países explotados. Y, simultáneamente, se procuraría armonizar Naturaleza y técnica de forma que ésta, aprovechando los desperdicios orgánicos, pudiera cerrar el ciclo de producción de una manera racional y ordenada.

Tales conquistas y tales frenos, de los cuales apenas se advierten atisbos en los países mejor organizados, imprimirían a la vida del hombre un sentido distinto y alumbrarían una sociedad estable, donde la economía no fuese el eje de nuestros desvelos y se diese preferencia a otros valores específicamente humanos.

Esto es, quizá, lo que yo intuía vagamente al escribir mi novela *El camino* en 1949, cuando Daniel, mi pequeño héroe, se resistía a integrarse a una sociedad despersonalizada, pretendidamente progresista, pero, en el fondo, de una mezquindad irrisoria. Y esta intuición, cuyos principios auténticamente revolucionarios fueron luego formulados por un plantel respetable de sabios humanistas, es lo que indujo a algunos comentaristas a tachar de reaccionaria mi postura. Han sido suficientes cinco lustros para demostrar lo contrario, esto es, que el verdadero progresismo no estriba en un desarrollo ilimitado y competitivo, ni en fabricar cada día más cosas, ni en inventar

necesidades al hombre, ni en destruir la **Naturaleza**, ni en sostener a un tercio de la **Humanidad** en el delirio del despilfarro mientras los otros dos tercios se mueren de hambre, sino en racionalizar la utilización de la técnica, facilitar el acceso de toda la comunidad a lo necesario, revitalizar los valores humanos, hoy en crisis, y establecer las relaciones hombre-**Naturaleza** en un plano de concordia.

He aquí mi credo y, por hacerlo comprender, vengo luchando desde hace muchos años. Pero, a la vista de estos postulados, ¿es serio afirmar que la actual orientación del progreso es la congruente? Si progresar, de acuerdo con el diccionario, es hacer adelantamientos en una materia, lo procedente es analizar si estos adelantamientos en una materia implican el retroceso en otras y valorar en qué medida lo que se avanza justifica lo que se sacrifica.

El hombre, ciertamente, ha llegado a la Luna pero en su organización político-social continúa anclado en una ardua disyuntiva: la explotación del hombre por el hombre o la anulación del individuo por el Estado. En este sentido no hemos avanzado un paso. Los esfuerzos inconexos de algunos idealistas—Dubcek 1968 y Allende 1973—no han servido prácticamente de nada. A pesar de nuestros avances de todo orden en política, la

experimentación constituye un privilegio más de los fuertes. Perfil semejante, aún más negativo, nos ofrece el tan cacareado progreso económico y tecnológico. El hombre, arrullado en su confortabilidad, apenas se preocupa del entorno.

La actitud del hombre contemporáneo se asemeja a la de aquellos tripulantes de un navío que, cansados de la angostura e incomodidad de sus camarotes, decidieron utilizar las cuadernas de la nave para ampliar aquellos y amueblarlos suntuosamente. Es incontestable que, mediante esta actitud, sus particulares condiciones de vida mejorarían, pero, ¿por cuánto tiempo? ¿Cuántas horas tardaría este buque en irse a pique —arrastrando a culpables e inocentes— una vez que esos tripulantes irresponsables hubieran destruido la arquitectura general de la nave para refinar sus propios compartimientos?

He aquí la madre del cordero. Porque ahora que hemos visto suficientemente claro que nuestro barco se hunde —y a tratar de aclararlo un poco más aspiran mis palabras—, ¿no sería progresar el admitirlo y aprontar los oportunos remedios para evitarlo?

El hombre, obcecado por una pasión dominadora, persigue un beneficio personal, ilimitado e inmediato y se desentiende del futuro. Pero, ¿cuál

puede ser, presumiblemente, ese futuro? Negar la posibilidad de mejorar y, por lo tanto, el progreso, sería por mi parte una ligereza; condenarlo, una necedad. Pero sí cabe denunciar la dirección torpe y egoísta que los rectores del mundo han impuesto a ese progreso.

Así, quede bien claro que cuando yo me refiero al progreso para ponerlo en tela de juicio o recusarlo, no es al progreso estabilizador y humano —y, en consecuencia, deseable— al que me refiero, sino al sentido que se obstinan en imprimir al progreso las sociedades llamadas civilizadas.